

LA ÚNICA MUJER EN EL MUNDO

MARINA MAYORAL

LA ÚNICA MUJER
EN EL MUNDO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Estudio Calderón, basado en un diseño de Pepe Far

Primera edición: febrero de 2019

© Marina Mayoral, 2019
© de la presente edición: Edhasa, 2019
Diputación, 262, 2^a1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1140-2

Impreso en Cayfosa

Depósito legal: B. 28983-2018

Impreso en España

Nota de la autora

SOY CURIOSA

Me fascina la intimidad de las personas y no pierdo ocasión de asomarme a ella. Me fascinan los fragmentos de conversación que se oyen mientras esperas en una cola, o en el metro, o mientras tomas un café. Y las palabras muchas veces misteriosas que se cuelan en mi terraza en los días de verano, o en invierno por el ventanuco del baño que da a un patio vecinal. Esos fragmentos de vida despiertan mi imaginación y, a veces, de ellos surge un cuento, o incluso toda una novela, como sucedió con la frase que oí a una mujer en el aeropuerto de Barajas: «Tú eres lo único que yo he deseado realmente en la vida». De ahí surgió *Deseos*. Y de lo que oí en una playa gallega un día de septiembre ya lejano surgió *La única mujer en el mundo*.

Mi pareja y yo íbamos camino de mi casa de Galicia cuando él, que era quien conducía, dijo que tenía que descansar un rato porque se estaba durmiendo. Y se durmió profundamente, en efecto, tumbado en un hoyo de una playa salvaje. Yo me tumbé también, pero enseguida despertaron mi curiosidad los retazos de una conversación. Eran las voces de dos hombres que camina-

ban por la orilla del mar. Me pareció que discutían, aunque quizá sólo hablaban en voz alta para sobreponerse al sonido de las olas y del viento, que traía hasta mí parte de sus palabras. Por la diferencia de edad podrían ser padre e hijo, pero lo que decían me llevó a pensar que eran o habían sido amantes.

Y mi imaginación empezó a funcionar. Creo que sus vidas y la de esa mujer de la que hablaban quizá no fueron muy distintas a cómo yo las imaginé. La vida, a veces, imita a la ficción.

Marina Mayoral, diciembre de 2018

Lo que oí en la playa

—Vi venir el coche y me escondí porque pensé que ella vendría a bañarse. Yo estaba entre las dunas. Fue a finales de septiembre y no había nadie en la playa, igual que hoy.

—¡Qué obsesión! Para ver a un monstruo...

—No sé cómo puedes decir eso... Era bellísima, créeme; no sólo su rostro, también su cuerpo era hermoso. Yo la vi. Vi sus pechos enormes, los pezones morados y grandes como ciruelas maduras, el vientre firme, la negrura del pubis...

—Estabas a cien metros y escondido entre las dunas ¿no es así? ¿O hablas de otra cosa?

—Llevaba una túnica blanca, muy fina... Al mojarse se ciñó a su cuerpo. Se puede decir que la vi desnuda... Yo observaba a los pájaros cuando ellos llegaron.

—¡Ah!... Tenías unos prismáticos... Y cuando ella llegó, dejaste de observar a los pajarillos y dirigiste tu mirada hacia el mar, para admirar la belleza de un ser extraordinario, hermoso como una ballena, o como una foca...

—No puedo entender ese desprecio. Otras veces te hablé de ella y nunca reaccionaste así.

—Otras veces tenías dieciocho o veinte años y tus indecisiones en materia sexual eran disculpables. Ahora me irritan, no puedo evitarlo.

—¿Mis indecisiones? Antes decías que la bisexualidad era un don, como ser ambidiestro...

—¡Déjalo ya! Me irrita tu obsesión por las mujeres exuberantes. ¿A ti te gustaría que yo te cantase las alabanzas del cipote de Nacho Vidal?

—Sólo si haces comparaciones.

★ ★ ★

—A veces pienso que sólo yo he envejecido. Tú te vas, vuelves, y sigues hablando como el jovencito que... ¡No me abrases! Nunca me han gustado las efusiones en público.

—¿Qué público? No hay un alma viviente en varias leguas a la redonda.

—Eso mismo debió de pensar la esfinge cuando vino a bañarse a una playa aparentemente desierta.

—¡La esfinge! Eso es más acertado que lo de monstruo o ballena. Siempre fue un misterio, desde niña.

—Pues acabemos de una vez. Querías mostrarme el lugar donde la viste bañándose. ¿Y ahora qué?

—He venido hasta aquí contigo porque creí que aquí entenderías mejor lo que quiero decirte.

—¡Pues suéltalo de una vez!

—Sospecho que su muerte no fue un accidente.

—Pues en eso estamos de acuerdo... Es más, estoy convencido de que se suicidó.

—Yo creo que fue un crimen.

—¡Pero qué dices! ¡Estás loco!

—Por favor. Deja a un lado tus rencores hacia mí y escúchame...

—Escúchame tú a mí: murió ahogada. La única duda posible es si resbaló en el embarcadero del Pazo o si fue voluntario. Y todo el mundo prefiere creer que murió por un accidente. Un suicidio no sería un buen ejemplo para su Fundación...

★ ★ ★

—Yo la vi nadar. Se deslizaba bajo las olas sin esfuerzo. Nadaba como una sirena.

—Más bien sería como una foca... Y, si es así, significa que se suicidó. Estaba enferma, tenía cáncer desde hacía años.

—Una razón más para sospechar: ¿por qué una mujer enferma se queda sola en la finca? Ni un criado, nadie. Y el marido en Suiza. Suena a coartada.

—Pudo resbalar y golpearse al caer.

—O alguien pudo golpearla.

★ ★ ★

—El Pirata tenía una fortuna enorme, ella fue su única heredera. Y el único que puede beneficiarse con su muerte es ese negrazo petulante.

—Es su marido y ella muy espléndida: cochazos, yate, motora... ¿Por qué iba a arriesgarse a matarla?

—Porque liquidó los negocios de su padre y empleaba cada vez más dinero en la Fundación, en la que él no participa... Y, además, como dicen los franceses, «*cherchez la femme*»... Tú mismo levantaste la liebre.

—¿Yo?

—Sí, tú. En esta playa, hace dos años, la última vez que estuvimos aquí.

★ ★ ★

—Las malditas murmuraciones...

—No son murmuraciones, son indicios.

—No repitas el mismo error que cometiste con tu amigo Adolfo. Quisiste hacer de él una víctima, cuando estaba claro que era un violador.

—¡No fue él! Yo lo conocía, sabía cómo era.

—¡Tú no sabías nada de nada y sigues sin saberlo! Adolfo y sus compinches violaron y casi mataron a...

—¡Él no...! Yo sé cómo era.

—Sigues sin querer aceptar la realidad. Y la realidad es que Adolfo era un violador. Y que esa mujer que tanto admiras se casó con un tipo que tiene un cipote como la espada del Cid, y que le consentía sus ligues. Él no tenía razón alguna para matarla. ¡Ésa es la realidad! ¡Deja de enredarla con tus fantasías!

—¡Ya basta! No quiero seguir hablando. Rezumas rencor. Creí que podríamos seguir siendo amigos. Me equivoqué.

—Muy bien... Regresemos.

—No... Necesito estar solo.

—Entonces, adiós, Damián.

—Adiós, no... Contigo siempre será hasta la vista.

PRIMERA PARTE

De tal palo tal astilla
(Otoño de 1970)

—¡Floren, Floren!

Una muchacha uniformada recoge la ropa tendida en las cuerdas que cruzan un patio. Está en un cuarto en el que sólo hay armarios empotrados, una gran mesa de plancha y un banco en el que coloca las distintas prendas. La puerta, abierta, da a un largo pasillo por el que un niño se acerca corriendo y dando voces.

—¡Floren, Floren!

La muchacha se vuelve al oírlo. El niño corre hacia ella con los brazos extendidos. La muchacha lo levanta en el aire y lo mantiene abrazado contra su cuerpo.

—¡Qué moreno estás, Damián! ¡Qué guapo! ¡Y cómo pesas!

Se sienta en el banco, manteniendo al niño en el regazo.

—¿Lo has pasado bien en la playa? ¿Has nadado mucho?

El niño niega con la cabeza mientras juguetea con la medalla que la muchacha lleva colgada del cuello.

—No.

—¿No? ¿No has aprendido a nadar? ¿No lo has pasado bien?

—No lo he pasado bien.

—¿Y eso?

—Se llevaron a Rosita.

—¿Quién es Rosita?

El niño suspira.

—La muñeca de Clara. Sólo me la dejó mientras estuvo en la finca, después se la llevó.

—¡Vaya por Dios!

—Lloré mucho.

—Pues no hay que llorar por una muñeca. Además, los niños no juegan con muñecas.

—Yo sí. Quiero mucho a Rosita.

La mujer acaricia la cabeza del niño. Y él le acaricia los pechos. La mujer sonrío.

—Eso no se toca, Damián.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Por qué no? ¿Por qué no se pueden tocar las tetas?

—¡Eso no se dice! ¿Dónde has oído tú eso?

—En el cole. Adolfo dijo: «¡Tetas, picha, culo!». Todos nos reímos mucho y la seño lo puso de cara a la pared, pero no lloró... ¿Por qué no se puede decir?, ¿por qué no se pueden tocar?

—Ya tienes cinco años, Damián. Ya no eres un bebé, eres un niño grande. Hay cosas que se pueden hacer y cosas que no se pueden hacer. Y tú tienes que obedecer. Si digo que no, es que no.

—Pero a mí me gusta. Déjame sólo un poquito.

Floren se ríe.

—Las muñecas y las... ¡De tal palo, tal astilla!

—¿Qué dices, Floren?

La muchacha aprieta los labios y se calla. El niño le acaricia la cara.

—¿Qué dices del palo?

—¡Nada! Tonterías de la Floren. ¡Hala, vete a jugar, que tengo aún mucho trabajo.

Pone al niño en el suelo, pero él se agarra a su falda.

—¡Dímelo, Floren, no seas mala! ¿Es un pecado? ¿Por eso no me lo quieres decir?

—No es un pecado, tonto. Es un refrán: «De tal palo, tal astilla».

—¿Qué es *astilla*?

La muchacha suspira con resignación.

—Una astilla es un pedacito de un palo... Cuando se corta leña para la chimenea, de un tronco grande se hacen astillas.

—Y con las astillas se enciende, y después se ponen los troncos.

—Eso mismo, sabiondo.

—¿Y cómo era lo otro, el *refrán*?

—El refrán. «De tal palo, tal astilla».

—¿Y qué quiere decir?

—Quiere decir que las astillas son como los palos, y los hijos son como los padres. ¡Hala! ¡Vete de una vez y no me compliques la vida! Dame un beso y vete a jugar.

El niño la abraza y la besa, y al bajar los brazos le acaricia los pechos.

—¡Te quiero mucho, Floren! —grita mientras se va corriendo y riéndose.

La muchacha le hace un gesto de amenaza con la mano y se queda mirándolo hasta que el niño desaparece pasillo adelante.

La hija del Pirata (Verano de 1973)

—¡¡El Pirata!! ¡¡Viene el Pirata!!

Un grupo de niños se arremolina junto a la verja de hierro forjado que da acceso a una finca rústica, rodeada de altos muros de piedra. Muy cerca de la verja hay un manzano cargado de frutos de un rojo brillante. Los niños llevan largas pértigas, acabadas en un tosco rastrillo, con el que golpean las manzanas y las arrastran hasta la puerta. Uno de los más pequeños ha metido la cabeza entre los barrotes y forcejea para sacarla. Sus compañeros se turnan para tirar de él, que protesta y da manotazos, mientras siguen entregados a la tarea de varear las manzanas. Un poco más lejos, otro niño grita con todas sus fuerzas para hacerse oír:

—¡¡El Pirata!! ¡¡Viene el Pirata!!

Se produce una desbandada. Los niños recogen apresuradamente las pértigas y la fruta y corren hacia un bosque cercano, abandonando en la puerta a su compañero, que hace esfuerzos por liberarse. Un coche avanza despacio por el camino de tierra y se detiene ante la verja. Las ventanas tienen cristales oscuros y no se ve el interior. Un chófer uniformado vuelve la cabeza hacia los asientos de atrás.

—Uno de los ladronzuelos se ha quedado atrapado. Voy a darle un buen escarmiento para que sus compinches no vuelvan por aquí.

Una voz joven, casi infantil, pero de timbre grave, lo detiene.

—Espera. Es un niño muy pequeño.

—Son como garrapatas. María quiere hacer mermelada de manzanas rojas y dice que no tiene más que para dos botes. Esos niños las roban todas.

—Ábreme la puerta, Tomás.

El chófer obedece la orden y da la mano a una jovencita que con dificultad sale del coche y se arregla el vestido que, desde el cuello, cubre su cuerpo hasta los pies. Su aspecto es voluminoso, pero su rostro es muy bello, con grandes ojos claros y tez pálida, marfileña. Las manos, que le asoman entre los bordados de las mangas, son blancas y muy bonitas, como sus pies, calzados con sandalias de tiras doradas. Su figura recuerda la de algunas imágenes religiosas cuyos mantos recubren el cuerpo entero. Avanza despacio hacia la verja donde el niño se debate entre los hierros. El chófer se adelanta y se encara con él.

—¿Dónde están ahora tus compinches, eh? Te vas a pasar aquí la noche, amarrado, para que aprendas. O te cortaremos las orejas para que puedas salir.

La joven alza una mano en un gesto de silencio y se acerca al niño.

—No hagas caso a Tomás, siempre está bromeando. —Se vuelve hacia el chófer con gesto serio—. Abre la puerta para que pueda entrar.

El hombre regresa al coche y desde allí acciona un mando eléctrico. La puerta se abre lentamente. El niño camina hacia atrás, empujado por la puerta. Sigue haciendo esfuerzos para liberarse, que acompaña con un jadeo de dolor. La joven se pone frente a él por el lado de dentro de la verja, acerca su rostro y lo observa atentamente. El niño, a su vez, levanta un poco la cabeza para mirarla. Ella extiende una mano y le toca con delicadeza el cuello. Sus dedos se tiñen de rojo. Un hilillo de sangre baja desde una oreja y gotea sobre la camiseta del niño. Ella le pone las manos sobre los hombros.

—No te muevas, vas a hacerte daño. No tengas miedo. Te sacaré de aquí.—Se vuelve hacia el chófer—. Tomás, prueba a ver si puedes separar los hierros.

El hombre tantea los barrotes.

—Esto no hay quien lo mueva. Lo mejor es cortar-le una oreja, ya está sangrando y para qué quiere dos. Con una le sobra y le basta.

El niño mira aterrado al chófer y renueva sus esfuerzos. La joven le pone de nuevo las manos en los hombros para frenar sus movimientos.

—¡Deja de decir bobadas! Lo estás asustando.

—Así escarmentará y no robará más manzanas.

El chófer se pone a la espalda del niño y hace ademán de agarrarlo para tirar de él. Ella extiende un brazo en un gesto autoritario.

—¡No lo toques!

Algo ha cambiando en su actitud y en su voz. Su tono es el de una persona adulta que da órdenes a un criado torpe.

—En el invernadero, entre las herramientas, hay una sierra de cortar hierro. Tráela. Date prisa. Llévate el coche y regresa para recogerme.

El coche desaparece por el camino que se adentra en la finca. La joven lo mira alejarse y se acerca al niño.

—No tengas miedo. —Se inclina al hablarle—. Cortaremos los barrotes y quedarás libre. ¿Te duele mucho?

El niño adelanta la cabeza, separando las orejas de los hierros. Su cuello se ve delgado y frágil entre los barrotes. Hace un movimiento afirmativo y carraspea antes de articular un débil «sí». Ella coloca con cuidado las manos sobre sus orejas enrojecidas.

—¡Están ardiendo! ¿Te duele si las toco?

—No. —La voz suena débil, indecisa.

—¿Sientes alivio?

—Sí...

—De tanto tirar se te han inflamado, por eso no salen. Y te has hecho una herida. —Se moja los dedos con saliva y le humedece las orejas, cubriéndolas de nuevo con sus manos—. ¿Notas el frío? Yo siempre tengo las manos muy frías. Mi padre dice que tengo manos de nieve... ¿Cómo te llamas?

El niño, avergonzado, baja la cabeza y no responde.

—Si no quieres decírmelo, no importa, pero no tengas miedo. No voy a decírselo a nadie, no quiero que te regañen por esto. Yo me llamo Luz Áurea, que quiere decir ‘Luz de oro’... ¿Cuántos años tienes?

—Seis..., casi siete.

—Yo tengo trece, casi catorce.

Escoce en las manos y humedece con saliva los barrotes de la verja en la parte en que se apoya la cabeza del niño. Moja también sus orejas y las sujeta, pegándoselas al cráneo. Él la mira con los ojos muy abiertos y no se resiste. Luz Áurea empuja suavemente hacia atrás la cabeza, que se desliza entre los hierros hasta quedar libre.

El niño permanece unos instantes inmóvil, indeciso, sin dejar de mirarla, pero enseguida da media vuelta y echa a correr. Luz Áurea, apoyada en la verja, lo sigue con la mirada, sonriendo con melancolía. El niño se vuelve y grita:

—¡Me llamo Damián!

Luz Áurea sigue mirando el camino por el que ha desaparecido hasta que vuelve el chófer.

—¡Vaya! Se ha liberado el ladronzuelo. Es demasiado buena, señorita. Debería darles un escarmiento. Son peores que los mirlos. No dejan un fruto en el árbol. Se habrá ido contento.

—Sí. Como los pájaros cuando se les abre la jaula.

Se sube al coche y se recuesta en el asiento con los ojos cerrados. Los pájaros no miran atrás.